

L A Y D A .

Layda era una jóven pescadora de Mundaca, de cabellos rubios, ojos de primavera, rosada boca y blanquísima tez. La naturaleza, que la habia dotado de todas estas gracias, la concedió tambien una voz tan tierna y espresiva, que cuando la soltaba al viento, era escuchada por todas las doncellas y jóvenes y ancianos de la antigua puebla. Layda poseia una frágil barquilla, con la cual, en las grandes mareas se trasladaba á los arrecifes de la isla de Izaro, de los que arrancaba buena cosecha de percebes; al Cabo de Ogoño, de cuyas peñas desprendia lapas, ó á la Ensenada de Canala, en cuyas arenas, socavadas con diestra mano, recogia almejas ó tal cual ostra adherida á movedizos trozos de cocida tierra. Cuando la hermosa pescadora veia recompensados su diligencia y afanes y el blando céfiro henchía la vela de su barquilla, tornaba á su hogar entonando los más tiernos cantares que jamás oyeran aquellas silenciosas orillas.

Entre los antiguos zortzikos que todavía se conservan en Bizcaya, hay uno cuya letra es tan sencilla como delicada. Una pobre pescadora llora á su amante, pescador tambien, arrebatado por el mar. Layda cantaba este zortziko con tanta pasion y sentimiento, que no podian escucharla las doncellas de la comarca sin que sus ojos se preñáran de copiosas lágrimas.

Un dia, Layda se dirigió con su barca á sus favoritos arrecifes de Izaro. El cielo, poco ántes sereno, se anubló de repente: la tranquila mar se erizó de empinadas olas; el viento se desató con furia: Layda estaba perdida. Pero su corazon varonil la mantuvo serena hasta que

se anegó el frágil leño que la sostenía. Cuando vió su muerte cercana y perdió toda esperanza de salvarse, doblando una rodilla y clavando la vista en el firmamento, entonó una de las estrofas de la antigua canción bascongada,

En su lecho de césped marino
descansando está.

Solo Dios, en la desierta orilla,
me le tornará.

Apénas pronunciaron sus lábios estas últimas palabras, cuando arrebatándola una ola imponente, la sepultó en lo más profundo del mar.

Desde aquel momento las sirenas del Océano poseían una compañera más.

Desde aquel momento, las costas bascongadas perdieron su más hermosa sirena.

JUAN E. DELMAS.

